

LA TENSIÓN ESTRATÉGICA ENTRE ARABIA SAUDÍ E IRÁN EN ORIENTE MEDIO

Carlos ECHEVERRÍA JESÚS
Profesor de Relaciones Internacionales de la UNED



ARABIA Saudí (28 millones de habitantes) e Irán (83 millones) rivalizan en la región de Oriente Medio por imponer su influencia. En los últimos años una de las pocas excusas para que ambos estados se encuentren es negociar periódicamente los detalles de la peregrinación de ciudadanos iraníes a La Meca. Aparte de rivalizar hoy para conservar clientes como China o Japón, entre otros consumidores de los hidrocarburos que ambos producen en abundancia, Riad y Teherán llevan años enzarzados en agudas tensiones, visibles en las relaciones bilaterales y, sobre todo, en el papel de uno y otro en sangrientos conflictos, como el de Siria o Yemen y, por ende, en el liderazgo del mundo ortodoxo suní y el heterodoxo chií en el seno del Islam.

Complejidades del estado de la cuestión

En años recientes, las guerras en Siria y Yemen llevan a ambos estados a hacer cada vez más visible su enfrentamiento. En paralelo, el levantamiento parcial de sanciones contra Irán a raíz del Acuerdo Nuclear firmado en Viena en julio de 2015 incrementó la preocupación de Arabia Saudí ante la creciente competencia iraní en los mercados energéticos que en el horizonte se dibujaba. La dinamización de dicho Acuerdo por el presidente Barack H. Obama llevó a Riad a comenzar a desconfiar de un aliado, Estados Unidos, que había sido socio firme del Reino desde 1945, y empezó a tratar de diversificar sus clientes. Con la llegada a la Casa Blanca del presidente Donald J. Trump, las autoridades saudíes esperaban recuperar los mejores momentos en la relación bilateral con los Estados Unidos, y en parte lo han confirmado ante el anuncio presidencial el pasado 8 de mayo de la intención de retirarse unilateralmente

del Acuerdo Nuclear. En los últimos años, Arabia Saudí ha añadido como adversario otro actor, aparte de Irán: el Emirato de Qatar, una cada vez más díscola petromonarquía del Golfo que lleva años definiendo una política exterior y de seguridad propia y que en la dimensión suní representa un firme apoyo de los Hermanos Musulmanes, hostiles a Arabia Saudí, que apoya dentro del islamismo a corrientes salafistas.

Irán, por su parte, viene incrementando en los últimos tiempos su influencia en la región, primero en Irak, aprovechando tanto el caos generado por el derrocamiento de Sadam Husein como el debilitamiento añadido producido con la retirada del grueso de los efectivos estadounidenses en 2011, y luego en Siria, a raíz del estallido de la guerra como consecuencia directa de las revueltas iniciadas en marzo de 2011. También refuerza Irán su presencia en Líbano, donde la consolidación de Hezbolá como actor nacional y regional favorece los intereses de Teherán, y en Yemen apoyando a los hutíes, una poderosa comunidad que entronca con la tradición chií en una guerra en la que la intervención de Arabia Saudí y sus aliados desde 2015 ha elevado el número de muertos a más de 16.000.

Este telón de fondo, definido por la creciente tensión entre estos dos grandes actores estatales, se ve agravado últimamente por un acontecimiento: la desaparición el 2 de octubre de 2018 del periodista opositor saudí Jamal Khashoggi en el Consulado de Arabia Saudí en Estambul, donde habría sido asesinado. Esto pone en un brete al régimen saudí, agudiza la tensión entre las autoridades de Riad y el régimen turco del presidente Recep Tayyip Erdoğan, firme aliado de Qatar, y alimenta también las desavenencias entre Arabia Saudí y su tradicional aliado estadounidense. Todo ello en un marco regional impredecible, donde la tensión con Irán puede incrementarse y la desventaja estratégica de los Estados Unidos y la creciente influencia de Rusia podrían contribuir a hacer aún más peligrosa la situación.

El papel de Irán frente a una aparente aproximación entre Arabia Saudí, los Estados Unidos e incluso Israel

En noviembre de 2018 los Estados Unidos han empezado a aplicar sanciones reforzadas contra diversos ámbitos de la economía de Irán —energía, transporte naval y sectores financiero y de seguros, etc.—, con lo que la presión sobre el régimen será más evidente y Arabia Saudí podría empezar a beneficiarse de ello con más determinación.

El que a día de hoy un grupo terrorista sobredimensionado, como llegó a ser el autodenominado Estado Islámico (EI), esté en buena medida diezmado —aunque no derrotado— dentro de la región de Oriente Medio permite a estadounidenses y saudíes dedicar más atención a sus prioridades actuales, destacándose entre ellas la de frenar a Irán. A tal esfuerzo se suma también Israel,

directamente afectado por el incremento de la influencia iraní desde Irak a Líbano y Yemen y con su epicentro en Siria. Irán juega bien su baza, por ejemplo en Siria, en una aproximación que también implica a Rusia y a Turquía; pero el endurecimiento de las sanciones estadounidenses, tratando de arrastrar al mayor número posible de estados, occidentales y no occidentales, aparece de forma amenazante en el horizonte (1).

Es por ello que el debilitamiento de Arabia Saudí, acentuado con la gestión del *affaire* Khashoggi, beneficia a Irán, y puede serle muy útil si ello tiene consecuencias en escenarios varios, en particular en Yemen. Para Irán, el escenario sirio le ha sido de enorme utilidad para apoyar a su aliado Bashar al-Ásad, para acercar sus fuerzas a la emblemática frontera con Israel y para reforzar a su aliado libanés Hezbolá. También ha podido reforzar sus lazos con Rusia; pero a todas estas ventajas debemos añadir como precio a pagar el costoso esfuerzo sostenido que ha debido de mantener en Siria contra actores muy variados y en tiempos más recientes, incluso contra Israel, y en Yemen contra una alianza liderada por Arabia Saudí tratando de apoyar, con enormes dificultades, a sus aliados hutíes, que a pesar de esto han podido disparar, y en varias ocasiones, misiles Scud contra objetivos dentro de Arabia Saudí. Como deberá seguir manteniendo el esfuerzo, y ahora en condiciones aún más adversas ante el endurecimiento de las sanciones lideradas por los Estados Unidos, una cierta relajación de las tensiones en la región sería bienvenida para Teherán. Protestas producidas en Irán atestiguan que la población puede empezar a sufrir tarde o temprano los perniciosos efectos de la combinación del coste derivado de este esfuerzo regional y de las consecuencias del endurecimiento de las sanciones (2).

Irak, Líbano y la guerra en Siria

Un cierto intento de deshielo entre Arabia Saudí e Irak se emprendió con la visita a Bagdad el 25 de febrero de 2017 del ministro de Asuntos Exteriores saudí Adel al Jubeir. Desde 1990 ningún dirigente de Arabia Saudí había visitado este país árabe, y como resultado inmediato se restableció la presencia de un embajador saudí en Irak en 2014, aunque pronto se volvería a la tensión. Irak, de mayoría chií y con una influencia iraní cada vez más visible, no es un lugar en el que los saudíes se encuentren cómodos. Recordemos cómo Arabia

(1) AYESTARÁN, Mikel: «Rusia y la UE acuden al rescate de Irán», *Diario de Navarra*, 8 de agosto de 2018, p. 6.

(2) Desde enero de 2018 vienen produciéndose protestas en algunas ciudades iraníes ante las crecientes dificultades percibidas por la población. Véase MALLEY, Robert: «La rivalidad entre Estados Unidos, Arabia Saudí e Irán», *Esglobal*, 9 de enero de 2018, p. 2.

Saudí ha diezmado a las mayorías chiíes cuando ha tenido ocasión: en Bahrein las revueltas de 2011 contra un monarca suní en un país de mayoría chií fueron aplastadas militarmente por una coalición militar liderada por los saudíes y que contó con la contribución de los Emiratos Árabes Unidos (EAU), y dentro de la propia Arabia Saudí el casco viejo de la ciudad de Al-Awamiyah fue destruido con la excusa de acometer necesarias reformas urbanísticas (3).

Además la lucha contra el EI ha hecho emerger aún más las contradicciones que alimenta Arabia Saudí con su apoyo a los suníes en Irak y a no pocos grupos salafistas en otros escenarios, particularmente en Siria. Es por ello que el deseo en círculos saudíes de volver a Irak después de tantos años de ausencia sería una buena decisión, tanto para hacer negocios en términos de reconstrucción como, sobre todo, para superar viejas heridas con la comunidad chií y reducir en la medida de lo posible la influencia de Irán, pero esto es difícil vislumbrar hoy. (4) No obstante, Arabia Saudí no puede desentenderse del futuro de Irak, donde la influencia de Teherán no deja de asentarse, incluso en relación con las capacidades armamentísticas que tanto preocupan a una Arabia Saudí que por el sur recibe ataques de misiles Scud lanzados por hutíes desde Yemen. En septiembre de 2018 algunas fuentes filtraban la existencia de plantas para el desarrollo de misiles de corto alcance (de entre 200 y 700 kilómetros) supervisadas por el general de la Guardia Revolucionaria iraní (Pasdarán) y jefe de su fuerza de élite Quds, Qassem Soleimani, en Al Zafaraniya, cerca de Bagdad; en Jurf al-Sakhar, al norte de Kerbala, y en el Kurdistán iraquí (5).

En relación con Líbano, el príncipe heredero saudí Mohamed bin Salmán fue responsable de retener durante varios días, en noviembre de 2017, al primer ministro libanés Saad Hariri, y todo ello para mostrar su desagrado porque el Gobierno libanés no ponía bajo control a Hezbolá. La situación fue rocambolesca, pues se dijo entonces que Hariri —quien tiene la doble nacionalidad libanesa y saudí— había presentado su dimisión estando en Arabia Saudí, y el escándalo que tal planteamiento provocó obligó a las autoridades saudíes a permitirle la salida del país, volviendo a Beirut dos semanas después. Desde entonces Riad parece haber comprendido la imposibilidad de controlar o frenar a Hezbolá, un actor de peso en Líbano que interactúa incluso con suníes y también con cristianos y que, sobre todo, ha adquirido aún

(3) ELORRIAGA, Gerardo: *Pulso entre enemigos en Oriente Medio*, *Diario de Navarra*, 23 de octubre de 2018, p. 7.

(4) International Crisis Group: *Arabia Saudí: regreso a Bagdad*, *Esglobal*, 1 de junio de 2018, p. 2.

(5) AYESTARÁN, M.: *Irán entrega misiles a las milicias shíites de Irak*, *Diario de Navarra*, 1 de septiembre de 2018, p. 8.

más experiencia militar de la que ya tenía y se ha dotado de sistemas de armas más sofisticados y potentes (6).

Finalmente, la guerra en Siria y la política saudí en la misma ha alimentado desavenencias con actores varios de la región, la mayoría aliados tradicionales de Arabia Saudí, desde Egipto hasta los suníes de Líbano. En un escenario en el que el régimen de Bashar al-Ássad ha conseguido superar serias dificultades y hoy se impone no solo su continuidad, sino que en clave regional el protagonismo principal es de sus valedores ruso e iraní, Riad ve cómo pierde influencia en una dimensión suní en la que también cuenta en su perjuicio la visibilidad de adversarios como Turquía y Qatar (7).

La guerra en Yemen y las tensiones en el seno del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG)

En enero de 2015 el rey Salman nombró ministro de Defensa a quien luego designaría príncipe heredero, a su hijo Mohamed bin Salman. Creyó que ello iba a permitirle cubrirse de gloria con una rápida victoria contra los hutíes en el vecino Yemen, pero estos, que habían conseguido derrocar al Gobierno de Saná haciendo huir en 2014 a Arabia Saudí, donde aún sigue, al presidente Abd al-Rahman Rabbuh al-Mansur al-Hadi, resisten hasta hoy (8). Los hutíes están apoyados por Irán y por Hezbolá, extendiendo al sur de la península Arábiga los escenarios donde la desventaja estratégica de Arabia Saudí es cada vez más notoria, como acabamos de ver en Oriente Medio (Irak) y Oriente Próximo (Siria y Líbano).

La alianza creada para derrotar a los hutíes ha reforzado el vínculo entre el príncipe Mohamed bin Salman y el jeque de los EAU, Bin Zayed Al Nahyan, cómplice de la contención de los chiíes en Bahrein, pero no ha servido para cohesionar a unas petromonarquías del Golfo que sí fueron capaces de crear, por iniciativa saudí en 1981, un CCG surgido ante todo para frenar al desestabilizador régimen del ayatolá Jomeini.

En el CCG actual la cohesión brilla por su ausencia, tal y como lo demuestra la tensión con Qatar, y ni siquiera existe entre los que aparecen como más firmes aliados: en el sur de Yemen, el jeque Al Nahyan apoya al Consejo Nacional de Transición, de perfil separatista y enfrentado al Gobierno de Saná

(6) AZANI, Eitan y KARMON, Ely: *Hezbollah's Role in the Present Israeli-Iranian Confrontation*, Documento de Opinión del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE), n.º 89/2018, 6 de agosto de 2018, 16 páginas.

(7) «Proche Orient: Le poids de l'axe irano-russe et la donnée isra elienne», *El Watan (Argelia)*, 7 de junio de 2018.

(8) SAYIGH, Yezid: *Diwan: The Warrior Prince*, *Carnegie Middle East Center Comments*, 24 de octubre de 2018.

que apoya Riad (9). En Riad preocupa no solo la actitud de un socio díscolo como es Qatar, sino también la aproximación a Irán de otros, como Kuwait u Omán. Así, Arabia Saudí cuenta en esta dimensión con la complicidad tan solo de los EAU y sobre todo de Bahrein, país cuyo territorio ha sido tradicionalmente reivindicado por Irán y donde se encuentra el Cuartel General de la V Flota de los Estados Unidos (10).

Ahora, ante la inminencia de la aplicación por los Estados Unidos de las sanciones reforzadas contra Irán desde noviembre de 2018, cobran aún más actualidad las amenazas lanzadas el pasado 21 de julio por el líder supremo iraní, el ayatolá Alí Jamenei, que, dirigiéndose en Teherán al personal de su Ministerio de Asuntos Exteriores, amenazaba con bloquear el estrecho de Ormuz, y con ello las exportaciones de crudo, como medida de retorsión más inmediata frente a las amenazas estadounidenses (11).

Las complejidades de la relación con Turquía y las posibles consecuencias del *affaire* Khashoggi

Desde que Ankara se integrara en el triunvirato que en buena medida gestiona el futuro de Siria —y que comparte con Rusia y con Irán—, el distanciamiento entre Arabia Saudí y Turquía se ha hecho cada vez mayor (12). El creciente entendimiento entre Turquía y Rusia —no solo en la dimensión diplomática en los marcos de Astaná y Sochi, sino también sobre el terreno— irrita a Riad, y ello aun cuando los pasos de Erdoğan están con frecuencia obligados por las circunstancias y no por convicción (13). La crisis derivada del *affaire* Khashoggi ha ahondado aún más la brecha, y Turquía ve una ventana de oportunidades en su interacción con Rusia y con Irán y se mantiene próximo a Qatar en su disputa con Riad.

En cualquier caso, Turquía no quiere llevar su tensión con Arabia Saudí demasiado lejos, y más teniendo en cuenta que entre ambos países se abre una enorme ventana de oportunidades para incrementar un comercio bilateral, que hoy alcanza los 6.000 millones de dólares y que, en aplicación del Tratado de

(9) RAMANI, Samuel: «Russia's Mediating Role in Southern Yemen», *Carnegie Endowment for International Peace Comments*, 12 de octubre de 2018.

(10) Qatar sufre desde junio de 2017 sanciones del cuarteto que, liderado por Arabia Saudí, también agrupa a Bahrein, Egipto y los EAU.

(11) «Jamenei redobla la amenaza iraní de bloquear el golfo Pérsico», *El País*, 22 de julio de 2018, p. 5.

(12) METAoui, Fayçal: «Derrière l'affaire Khashoggi, la lutte feroce entre la Turquie et l'Arabie Saoudite», *Tout sur l'Algérie (TSA)*, 24 de octubre de 2018.

(13) SANZ, Juan Carlos: «Rusia y Turquía frenan la tensión en la provincia rebelde siria de Idlib», *El País*, 17 de septiembre de 2018.

Libre Comercio firmado entre ambos estados, podría alcanzar los 30.000 millones (14). Si finalmente la hostilidad entre Turquía y Arabia Saudí arriera motivada por el *affaire* Khashoggi, Ankara trataría de beneficiarse de la pérdida de credibilidad de Riad ofreciéndose como un destino estable y fiable para inversiones en la región (15).

Tampoco es previsible que los Estados Unidos vayan a llevar la tensión con Arabia Saudí demasiado lejos, pues es su más firme aliado contra Irán —además de Israel—, y firmó con Riad un jugoso contrato de venta de armas en 2017 por valor de 100.000 millones de dólares y también le resulta muy importante para gestionar los efectos de las sanciones reforzadas contra Irán en la dimensión energética. Además, si Washington decidiera endurecer su posición en relación con Arabia Saudí, ello ofrecería una nueva ventana de oportunidades a Rusia. La visita del rey Salmán bin Abdulaziz a Moscú en 2017 marcó el principio de una tibia recuperación de las relaciones tras muchos años de hostilidad, y si Rusia reforzara sus vínculos con Riad, y asumiendo que los que tiene hoy con Teherán son sólidos, incrementaría aún más la creciente influencia rusa en toda la región.

Finalmente, es interesante observar cómo, para tratar de compensar la pérdida de influencia regional que hemos descrito, Arabia Saudí está inmersa en un proceso de proyección a países asiáticos y africanos. Países asiáticos de mayoría suní, como Brunei, Indonesia y Malasia, fueron visitados en marzo de 2017 por el rey Salmán con la triple intención de alejarles de Irán, neutralizar en ellos cualquier tipo de crítica a la influencia wahabí y acercarlos a su alianza que, junto con los EAU, lideraba entonces Riad contra el terrorismo del EI. Aunque Indonesia y Malasia no se unieron a dicha alianza, sí colaboran desde entonces con ella, y no debemos olvidar que el mundo asiático es una de las zonas del mundo donde el redespiegue del EI es más importante y la amenaza terrorista más visible. También se proyectan los intereses saudíes en África, y ello se ha reflejado, por ejemplo, en los apoyos ahora recibidos por Arabia Saudí en el contexto de las críticas a su régimen por el *affaire* Khashoggi, tanto de países musulmanes —Somalia, Yibuti o Mauritania— como cristianos —Etiopía o Sudán del Sur— (16).

(14) FAROUK, Yasmine: «What Does the Saudi Response to the Khashoggi Scandal Mean?», *Carnegie Endowment for International Peace Commentary*, 19 de octubre de 2018.

(15) PRIEGO, Alberto: «Caso Khashoggi: ¿El fin del clan Salman?», *El Mundo*, 21 de octubre de 2018.

(16) MEDNICK, Sam; MESERET, Elías, y MOHAMED SALEM, Ahmed: «In Africa, praise for Saudi Arabia reveals diplomatic dance», *The Washington Post*, 23 de octubre de 2018.